



Seix Barral Los Tres Mundos

Paul Auster

La llama inmortal de Stephen Crane

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Burning Boy. The Life and Work of Stephen Crane*

© 2021, Paul Auster
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© 2021, Traducción: Benito Gómez Ibáñez

© 2021, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-322-3905-2

Primera edición en formato epub en México: septiembre de 2021
ISBN: 978-607-07-7955-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021
ISBN: 978-607-07-7984-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México - *Printed in Mexico*

ÍNDICE

9	Stevie
75	El ritmo de la juventud
575	Exilio
797	La cara oculta de la luna
885	Una extinción brutal
971	<i>Notas</i>
989	<i>Agradecimientos</i>
993	<i>Índice analítico</i>

STEVIE

1

Nacido el Día de los Difuntos y muerto cinco meses antes de su vigésimo noveno cumpleaños, Stephen Crane vivió cinco meses y cinco días en el siglo xx, deshecho por la tuberculosis antes de haber tenido ocasión de conducir un automóvil o contemplar un aeroplano, ver una película proyectada en pantalla grande o escuchar la radio, un personaje del mundo del caballo y la calesa que se perdió el futuro que aguardaba a sus pares, no solo la creación de aquellas máquinas e inventos milagrosos, sino los horrores de la época también, incluida la aniquilación de decenas de millones de vidas en las dos guerras mundiales. Fueron sus contemporáneos Henri Matisse (veintidós meses más que él), Vladímir Lenin (diecisiete meses mayor), Marcel Proust (cuatro meses más), y escritores norteamericanos tales como W. E. B. Du Bois, Theodore Dreiser, Willa Cather, Gertrude Stein, Sherwood Anderson y Robert Frost, todos los cuales vivieron hasta bien entrado el nuevo siglo. Pero la obra de Crane, que rehuyó las tradiciones de casi todo lo que se había producido antes de él, fue tan radical para su tiempo que ahora se le puede considerar como el primer modernista norteamericano, el principal responsable de cambiar el modo en que vemos el mundo a través de la lente de la palabra escrita.

Vino al mundo en Mulberry Place, en Newark (Nueva Jersey), noveno hijo superviviente de los catorce que tuvieron sus devotos padres metodistas, Jonathan Townley Crane y Mary Helen Peck Crane, y como su padre era clérigo y en los últimos años de su larga carrera pastoral viajaba de parroquia en parroquia, el chico creció sin el habitual apego a la casa, el colegio y los amigos, se mudó a los tres años de Newark a Bloomington (actualmente llamado South Bound Brook), a los cinco de Bloomington a Paterson, y abandonó esa ciudad a los siete años para ir a donde su padre asumió el nuevo cargo de director de la congregación de la iglesia metodista Drew en Port Jervis (Nueva York), una ciudad de nueve mil habitantes situada en la confluencia triestatal de Nueva Jersey, Pensilvania y Nueva York, donde convergen los ríos Delaware y Neversink, y luego, cuando su padre murió de repente de un ataque al corazón a los sesenta años, tres meses antes de su octavo cumpleaños, la familia se vio obligada a abandonar la casa parroquial: su madre se trasladó a Roseville (Nueva Jersey), una comunidad/barriada autónoma dentro de los límites de Bloomfield y East Orange, en Newark, mientras el niño y su hermano Edmund (catorce años mayor que él) se iban a alojar en una granja del condado de Sussex; todos se reagruparon a la larga en Port Jervis para vivir con otro hermano, William (diecisiete años mayor), después de lo cual, en 1883, su madre compró una casa en la turística ciudad de Asbury Park, en Nueva Jersey («la meca del metodismo norteamericano en verano»), donde el adolescente Crane empezó su carrera de escritor componiendo sátiras veraniegas para otro de sus hermanos (Townley, dieciocho años mayor), que dirigía una agencia de noticias de la localidad para el *New York Tribune* y la Associated Press. Por entonces habían muerto otros dos hermanos suyos: en 1884, su hermana Agnes Elizabeth, de veintiocho años —maestra de escuela y autora de relatos cortos que había sido tan madre para él como la suya propia y había alentado su interés por los libros—, falleció de meningitis, y en 1886, su hermano Luther, de veintitrés años, murió aplastado al caer bajo un tren en marcha cuando trabajaba de guardavía y guardafrenos en el Erie Railroad. Después de un año insatis-

factorio y fallido en la universidad (un semestre en Lafayette seguido por otro en Syracuse, donde jugó en el equipo de beisbol y solo estuvo inscrito un curso), Crane se dirigió de vuelta al sur, a los destinos gemelos de Asbury Park y Nueva York, resuelto a abrirse paso como escritor profesional. Aún no había cumplido veinte años. El 28 de septiembre, a solo unas manzanas de donde pronto viviría Crane en Manhattan, murió Herman Melville, sin lectores y casi olvidado. El 10 de noviembre, a miles de kilómetros, en Francia, al este de Marsella, moría Arthur Rimbaud a los treinta y siete años. Veintisiete días después, la madre de Crane moría de cáncer a los sesenta y cuatro años. Al reciente huérfano y escritor en ciernes solo le quedaban ocho años y medio de vida, pero en ese breve tiempo produjo una obra maestra en forma de novela (*La roja insignia del valor*), dos novelas cortas exquisitas y audazmente concebidas (*Maggie: una chica de la calle* y *El monstruo*), cerca de tres docenas de relatos de irreprochable brillantez (entre ellos «El bote abierto» y «El hotel azul»), dos recopilaciones de algunos de los poemas más extraños y feroces del siglo XIX (*Los jinetes negros* y *War is Kind* [«La guerra es buena»]), y más de doscientos artículos periodísticos, muchos de ellos tan buenos que están a la altura de su obra literaria. Muchacho fogoso de rara precocidad a quien se le cerró el paso antes de alcanzar la plenitud de la edad adulta, constituye la respuesta norteamericana a Keats y Shelley, a Schubert y Mozart, y si hoy continúa tan vivo como ellos, es porque su obra no ha envejecido. Ciento veinte años después de su muerte, Stephen Crane sigue ardiendo.

2

Puede que esté exagerando un poco. Que Crane sigue ardiendo es indiscutible, pero menos claro está el hecho de si continúa existiendo con la misma brillantez que otros muchachos fogosos que también se extinguieron demasiado pronto. Hubo una época en que *La roja insignia del valor* era lectura obligada para casi todos los

estudiantes de preuniversitario de Estados Unidos. Yo tenía quince años en 1962, cuando me encontré por primera vez con la novela, y para mí fue un descubrimiento tan explosivo y trascendental como para la mayoría de mis compañeros de clase (chicos y chicas por igual), pero ahora, por motivos que me resultan difíciles de entender, el libro parece haberse caído de la lista de lecturas obligatorias, lo que tiene el doble efecto de privar a los jóvenes estudiantes de una importante experiencia literaria y de relegar a Crane a las sombras del olvido, porque si mis compañeros y yo no hubiéramos descubierto *La roja insignia del valor*, es dudoso que hubiéramos tenido la iniciativa de considerar otras obras de Crane, los poemas, por ejemplo (que pueden causar un impacto repentino y generalizado en el sistema nervioso), los relatos breves o la brutal descripción de *Maggie* de la vida en los barrios bajos de Nueva York. No es más que una corroboración puramente anecdótica, pero cuando hace poco pregunté a mi hija, de treinta años, si habían estudiado el libro en la preparatoria, me dijo que no, lo que me impulsó a realizar una encuesta informal entre sus amigos, quince o veinte chicos y chicas que habían asistido a preparatorias en diversas partes remotas del país, y hacerles la misma pregunta que a ella, y uno por uno también me contestaron que no. Más sorprendente aún, solo uno de mis conocidos del ámbito literario de países no anglohablantes había oído hablar de Crane, lo que también es cierto con respecto a la amplia mayoría de mis colegas ingleses, aunque Crane fue en vida tan célebre en Inglaterra como en Estados Unidos. Mis amigos no estadounidenses están familiarizados con Twain, Poe, Hawthorne, Emerson, Whitman, Henry James y los otrora no reconocidos Melville y Dickinson, pero Crane, que merece su propio lugar entre esos dioses (en mi opinión), es un cero a la izquierda.

Eso no quiere decir que Crane ya no exista. Sus principales obras pueden encontrarse fácilmente en numerosas ediciones de bolsillo, aún circulan sus obras completas, publicadas en 1970 por la University Press of Virginia en diez volúmenes, hay una excelente compilación de su prosa y poesía que llega casi a las mil cuatrocientas páginas en la Library of America, continúan enseñándose sus

novelas y relatos en las asignaturas universitarias de Literatura norteamericana, y existe una verdadera industria de estudios sobre Stephen Crane en el mundo académico. Todo eso es tranquilizador, pero al mismo tiempo me da la impresión de que Crane está ahora en manos de los especialistas, licenciados, aspirantes al doctorado y catedráticos de Literatura, mientras que el ejército invisible que forma el llamado lector general, es decir, quienes no son ni universitarios ni escritores, los mismos que aún disfrutan leyendo a clásicos consolidados como Melville y Whitman, ya no leen a Crane.

De otra manera nunca se me habría ocurrido escribir este libro.

No lo enfoco como especialista o erudito, sino como viejo escritor sobrecogido por el genio de un autor joven. Después de pasar los dos últimos años enfrascado en cada una de las obras de Crane, habiendo leído hasta la última de sus cartas publicadas, tras apoderarme de hasta el más pequeño detalle biográfico que caía en mis manos, me encontré tan fascinado por la frenética y contradictoria vida de Crane como por la obra que nos dejó. Fue una vida extraña y singular, llena de riesgos impulsivos, marcada con frecuencia por una demoledora falta de dinero así como por una empecinada e incorregible entrega a su vocación de escritor, que lo arrojaba de una situación inverosímil y peligrosa a otra —un controvertido artículo escrito a los veinte años que perturbó el desarrollo de la campaña presidencial de 1892; una batalla pública contra el cuerpo de policía de Nueva York, que de hecho lo exilió de la ciudad en 1896; un naufragio frente a las costas de Florida en el que casi muere ahogado en 1897; un concubinato con la propietaria del burdel más elegante de Jacksonville, el Hotel de Dreme; un trabajo como corresponsal durante la guerra hispanonorteamericana en Cuba (donde repetidamente se encontró frente a la línea de fuego enemiga); y luego sus últimos años en Inglaterra, donde Joseph Conrad fue su amigo más cercano y Henry James lloró su temprana muerte—, y ese escritor, más conocido por sus crónicas de guerra, también abarcó muchos otros temas, manejándolos todos con inmensa destreza y originalidad, desde relatos sobre la infancia y artistas bohemios en apuros hasta descripciones de primera mano de los

fumaderos de opio de Nueva York, las condiciones de trabajo en una mina de carbón en Pensilvania más una devastadora sequía en Nebraska, y de forma muy parecida a Edgar Allan Poe, con frecuencia erróneamente identificado como un lúgubre proveedor de horrores y misterios cuando en realidad era un humorista magistral, el sombrío y pesimista Crane también podía ser increíblemente divertido cuando quería. Y debajo de la montaña de su prosa, o quizá en la cumbre, están sus poemas, algo que pocas personas, dentro y fuera del mundo académico, han sabido tratar, unos poemas tan alejados de las normas tradicionales decimonónicas de la composición poética —incluidas las desviaciones para romper moldes de Whitman y Dickinson— que apenas parecen contar como poesía y, sin embargo, permanecen en la memoria con más persistencia que la mayoría de los poemas norteamericanos que me vienen a la cabeza, como por ejemplo este, que no ha dejado de obsesionarme desde la primera vez que lo leí hace cinco décadas:

*En el desierto
vi una criatura, desnuda, bestial,
que, agachándose en el suelo,
sostenía el corazón con las manos
y se lo comió.
Dije: «¿Está bueno, amigo?».
«Está amargo, amargo», me respondió,
«pero me gusta
»porque está amargo
»y porque es mi corazón».*

3

Antes de abordar al propio Crane, una breve pausa para echar una mirada al paisaje norteamericano tal como aparecía entre 1871 y 1900, y situar al objeto de nuestro estudio en el tiempo y el espacio que habitó.

Entre las cosas nuevas que surgieron en el mundo durante esos años, una lista parcial incluiría las siguientes: el alambre de púas, las orejeras, el silo, los pantalones de mezclilla, el suspensorio, el mimeógrafo, el teléfono, la pila seca, el fonógrafo, el funicular, el ketchup Heinz, la cerveza Budweiser, la Liga Nacional de clubs de beisbol profesional, la caja registradora, la máquina de escribir, el foco de luz incandescente, la escoba mecánica, el Transcontinental Express (de Nueva York a San Francisco en 83 horas y media), el cine, la pianola, la plancha eléctrica, la pluma estilográfica, el rollo de película flexible, la cámara multiusos de foco fijo, la ametralladora automática, la puerta giratoria, el motor y transformador de corriente alterna, el clip, el *toffee* salado, el rascacielos, la máquina tragamonedas, el popote para beber, el trineo, el teléfono público, el rastrillo para afeitar, el ventilador eléctrico, la silla eléctrica, el soplete, la linotipia, el trolebús, las hojuelas de maíz, el ventilador cenital, la fotografía a color, la central telefónica automática, la máquina de ordeñar, la Coca-Cola, la telegrafía sin hilos, el lavaplatos, los rayos X, el basquetbol, las tiras cómicas, las escaleras mecánicas, la máquina tabuladora, los cereales para el desayuno, el detector de humo, el cierre, el teléfono de marcación en disco, las corcholatas, las tijeras dentadas, la ratonera, los guantes quirúrgicos, el voleibol, la máquina de contar votos, el archivador vertical, los Juegos Olímpicos modernos, el Maratón de Boston, la cámara cinematográfica portátil, el proyector de películas, el control remoto, el motor de combustión interna, el matamoscas, la tachuela y el algodón de azúcar.

Entre el asesinato de Abraham Lincoln y el de William McKinley, ocurrido en septiembre de 1901 y que condujo a la presidencia de Theodore Roosevelt (en un tiempo amigo y ferviente lector de Crane, y después enemigo implacable), Estados Unidos vivió un largo periodo de crecimiento, turbulencias y fracaso moral en el que, de país atrasado y aislado se transformó en potencia mundial, pero sus dirigentes eran en general ineptos, corruptos o ambas cosas, y los dos grandes crímenes enquistados en el Experimento Norteamericano —la esclavización de africanos negros y la aniquilación

sistemática de los pobladores originarios del continente, un inmenso despliegue de culturas agrupadas bajo el mismo epígrafe de *indios*— nunca se han tratado ni reparado como es debido, y aunque se hubiera abolido la esclavitud, los esfuerzos de reconstrucción de la posguerra fueron debilitándose hasta que en 1877 quedaron en nada, obligando a la población negra del Sur a vivir bajo un sistema igualmente horrible de opresión, miseria, exclusión e intimidación, que incluso conducía a la muerte al extremo de una soga con un nudo corredizo hecho por los verdugos racistas del Ku Klux Klan. En cuanto a los indios, por aquellos años los masacraba la caballería de Estados Unidos (con frecuencia a las órdenes de generales considerados héroes de la guerra civil), que echaba a patadas de su tierra a los supervivientes para confinarlos en reservas gestionadas por el gobierno, remotas extensiones donde reinaba la pesadumbre y la desesperación del fin del mundo, las ardientes y desoladas regiones del infierno en la tierra. La batalla de Little Bighorn (también llamada la «última batalla de Custer») se libró en junio de 1876, una semana antes de la celebración del centenario de Estados Unidos, y tan indignados estaban los ciudadanos de la República por aquella derrota a manos de salvajes como el jefe Gall, Caballo Loco y el jefe Dos Lunas, que el enardecido ejército decidió zanjar la Cuestión India de una vez por todas. Finalmente, el 29 de diciembre de 1890, dos meses después del décimo noveno cumpleaños de Crane, llevaron a término su tarea acribillando en Wounded Knee, en Dakota del Sur, a una multitud de hombres, mujeres y niños que bailaban la Danza de los Espíritus.

Entretanto, el Oeste, escasamente poblado, iba llenándose de colonos blancos, grandes cantidades de chinos cruzaban el Pacífico en busca de trabajo en California y las ciudades industrializadas de la Costa Este absorbían millones de inmigrantes de todas partes de Europa, fuente de mano de obra barata muy necesitada para trabajar en fábricas, fundiciones, minas y talleres clandestinos. Las condiciones eran duras para todos. En la pradera, los colonos afrontaban el hambre y debían soportar altas temperaturas que podían alcanzar los cuarenta grados y que en invierno caían hasta

siete, diez y a veces hasta quince bajo cero. Estallaron disturbios en San Francisco, Los Ángeles y Seattle contra los chinos, que padecían una continua discriminación, sangrientas agresiones físicas y linchamientos espontáneos a manos de enloquecidas turbas blancas. (El sentimiento antichino se hizo tan fuerte que en 1882 el Congreso aprobó la ley de exclusión de los chinos, que prohibía la entrada en el país de trabajadores de este país durante los diez años siguientes; en 1892, el Congreso prorrogó la ley otra década.) En el caso de los inmigrantes europeos, vivían apelotonados en edificios malolientes, sin ventilación, y eran demasiado pobres para habitar en sitios que no fueran barrios violentos, peligrosos, mientras trabajaban por unos centavos en jornadas de doce horas en labores que con frecuencia también eran violentas y peligrosas, sin sindicatos ni leyes laborales que los amparasen. Tal era la vida urbana en el peldaño más bajo de la escala social: un mundo feliz donde irlandeses, alemanes, italianos, griegos, escandinavos, húngaros y polacos se menospreciaban entre sí y en conjunto despreciaban a negros y judíos.

Los ricos, sin embargo, eran muy ricos, y los más ricos de entre ellos, los capitalistas sin escrúpulos de aquella denominada Edad de Oro, acumulaban fortunas que llegaban a cientos de millones de dólares (el equivalente a incalculables miles de millones de hoy en día). Sorprendentemente, la mayoría de sus nombres nos siguen siendo familiares: J. P. Morgan, Andrew Carnegie, Cornelius Vanderbilt, John D. Rockefeller, Jay Gould, Leland Stanford y otros muchos. Ganaron su dinero en ferrocarriles, acero, petróleo, banca, y todos eran inteligentes y obstinados torbellinos de ambición que para alcanzar su extraordinario poder aplastaban a los competidores con medios tanto legales como ilegales. Era la época del trust —una nueva forma de monopolio concebida para evadir las correspondientes leyes—, ideado por uno de los abogados de Rockefeller (Samuel C. T. Dodd), y una vez que se puso en práctica en la industria petrolera, pronto se sumaron otros sectores, como los del cobre, el acero, el tabaco, el azúcar, el caucho, el cuero, incluso la maquinaria agrícola. La Ley Antitrust de Sherman de 1890 debía poner fin a

tales concentraciones masivas de riqueza, pero apenas se cumplió y se vio debilitada aún más por una serie de resoluciones negativas del Tribunal Supremo. Ciertamente es que algunos de los mayores magnates y sus herederos se dedicaron más adelante a la filantropía, pero también lo es que el hijo de Vanderbilt, William (famoso por celebrar las fiestas más espléndidas y costosas de la época, que sin duda figuraban entre las más lujosas y magníficas desde la caída del Imperio romano), respondió a la pregunta de un periodista diciendo: «Maldito sea el público». Se dice que Jay Gould, magnate de los ferrocarriles y uno de los sinvergüenzas más extravagantes del capitalismo decimonónico, hizo el siguiente alarde: «Puedo contratar a la mitad de la clase obrera para que acabe con la otra mitad».

Contrariamente a la afirmación de Gould, no es que los miembros de la clase trabajadora estuvieran matándose entre sí, sino que los exterminaba un sistema concebido para que el dueño del negocio extrajera el máximo beneficio a expensas de la salud de sus empleados con objeto de adquirir poder y seguridad. La resistencia activa contra el capitalismo se inició en Europa mucho antes del estallido de la guerra civil en Estados Unidos, pero diversas formas de esa lucha llegaron al Nuevo Mundo con los inmigrantes —el socialismo revolucionario de Marx, el socialismo evolucionista de Eduard Bernstein, las doctrinas subversivas del anarquismo (McKinley fue asesinado por un anarquista, Leon Czolgosz)— y en suelo propio también surgieron grupos de oposición, algunos progresistas y también reaccionarios, como el Partido Populista, que defendía al indefenso y al agricultor contra las depredaciones del gran capital pero daba la espalda a los inmigrantes y (nada sorprendente) a personas de color y judíos, aunque también floreció una serie de organizaciones abiertas y de amplias miras, entre ellas la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo (fundada en 1869), que contaba con setecientos mil miembros en la década de 1880, momento de su apogeo, y la Federación Americana del Trabajo (la AFL, por sus siglas en inglés), creada por Samuel Gompers en 1886, que combatió por la jornada de ocho horas, la abolición del trabajo infantil, mejores salarios y mejores condiciones laborales. Junto a

esos objetivos moderados, prácticos, existían las posturas más estridentes de los socialistas (encarnados en la persona de Eugene Debs, que se presentó cinco veces a la presidencia), los anarquistas (en especial Alexander Berkman y Emma Goldman, que acabaron deportados), y los Molly Maguires, del territorio minero de Pensilvania, que aterrorizaban a los dueños de las minas con violentas tácticas de guerrilla hasta que agentes infiltrados de la Pinkerton acabaron con estos (ahorcaron a diez de ellos por asesinato en junio de 1877). Si la última parte del siglo XIX fue la era de los trusts, también fue la época de las huelgas más prolongadas y sangrientas de la historia de Estados Unidos de América. La Gran Huelga de 1877 empezó en julio con el abandono del trabajo por parte de los ferroviarios de Baltimore y Ohio para extenderse luego a otras líneas de ferrocarril desde Nueva Inglaterra al Misisipí y finalmente a todo el país, lo que condujo a obreros fabriles y mineros a declararse en huelga en solidaridad con ellos. Cuando estalló la violencia en Martinsburg, en Virginia Occidental, se llamó a la milicia estatal, que se negó a disparar contra los manifestantes, y para sustituirlos se convocó a las tropas federales por orden del ministro de la Guerra. En Baltimore, nueve huelguistas resultaron muertos y varios de ellos heridos cuando la milicia estatal abrió fuego a quemarropa contra la multitud. Siguieron otros disturbios y al cabo de cinco días habían muerto otras cincuenta personas. En Pittsburgh, la milicia estatal y los huelguistas intercambiaron disparos, y luego se produjo un incendio que fue creciendo hasta formar un muro de llamas que se extendió en un radio de cinco kilómetros, destruyendo dos mil vagones de mercancías y causando pérdidas de más de diez millones de dólares en daños materiales. En Chicago, la policía y la caballería atacaron una asamblea improvisada de huelguistas con el resultado de diecinueve personas muertas. Siguió creciendo la solidaridad con los huelguistas y a finales de julio cuarenta mil mineros del carbón abandonaron su puesto de trabajo en Scranton (Pensilvania). Pese a todos sus esfuerzos, la situación no mejoró mucho para los trabajadores ferroviarios como consecuencia de aquella lucha, pero los mineros de Scranton consiguieron un aumento de

suelo del diez por ciento, así como otras concesiones otorgadas por los propietarios de las minas. Y más aún, los acontecimientos de 1877 demostraron al país que el movimiento obrero ya era lo bastante grande como para convertirse en una fuerza omnipresente en la vida de Estados Unidos.

La letanía continúa. En 1882: la huelga de tres meses de los obreros metalúrgicos; la de los manipuladores de carga, que perturbó el transporte ferroviario durante varias semanas. En 1886: la huelga contra la línea ferroviaria Misuri-Pacífico de Jay Gould, durante la cual nueve mil huelguistas paralizaron siete mil kilómetros de vía férrea. Aquel año, más de seiscientos mil obreros de diversas industrias se declararon en huelga. En mayo, una ofensiva contra esquiroles de la McCormick Reaper Manufacturing Company de Chicago suscitó una respuesta policial que concluyó con la muerte de seis trabajadores y una docena de heridos, lo que a la tarde siguiente produjo los disturbios de Haymarket Square, durante los cuales se arrojó una bomba que mató a siete policías y dejó heridos a otros cincuenta. Cuatro anarquistas fueron sentenciados a muerte y otros cuatro enviados a prisión, tres de ellos a cadena perpetua. Es bastante probable que ninguno de los ocho fuera el responsable de tirar la bomba, pero con los titulares de prensa declarando que EL TERROR SE APODERA DEL PAÍS, apenas importaba quién era culpable y quién no. En los años siguientes se produjeron otras innumerables huelgas, pero las mayores y más notorias fueron la Huelga de Homestead de 1892 y la Huelga de Pullman de 1894. La acción contra la fábrica Homestead de Andrew Carnegie junto al río Monongahela en Pensilvania duró cinco meses y acabó con docenas de muertos y centenares de heridos, un caso emblemático de la negativa de la administración a negociar con los trabajadores, intransigencia respaldada por el gobernador, al que convencieron para que llamara a siete mil miembros de la milicia estatal. Henry Clay Frick, el socio de Carnegie (el mismo Frick que vivió en la mansión de la Quinta Avenida de Nueva York que alberga la colección privada de arte abierta al público desde 1935), fue quien convocó a agentes de la Pinkerton armados con fusiles Winchester para que atacaran

a los huelguistas, y fue tan odiado entre los partidarios de la huelga que el anarquista Alexander Berkman intentó asesinarlo en su oficina, disparándole dos tiros y asestándole tres puñaladas, pero la tentativa fracasó, la huelga se disolvió y sobre Berkman cayó una sentencia de veintidós años de cárcel. Miles de personas perdieron el trabajo. En 1894, año en que setecientos cincuenta mil obreros abandonaron las herramientas en un acto de protesta, la Huelga de Pullman en Chicago también fue disuelta sin resultados sustanciales, pero reinó el caos durante un breve tiempo, lo que condujo a un boicot a escala nacional que interrumpió todo el tráfico ferroviario al oeste de Detroit, y el dirigente de la insurrección, Eugene Debs, aunque sentenciado a seis meses de cárcel por desacato a una orden judicial federal que prohibía todo tipo de injerencias en el funcionamiento del correo estadounidense, se reveló como un héroe de la izquierda. Vivió hasta 1926 y quizá sea más conocido en la actualidad por haber dicho: «Mientras haya una clase inferior, yo pertenezco a ella, mientras haya un elemento delictivo, yo soy parte de él, y mientras alguien permanezca en la cárcel, no soy libre».

No hay que olvidar que en medio de estas continuas batallas entre el capital y los trabajadores estaban los altibajos propios del mercado, que se desplomó en dos ocasiones durante los años en cuestión. El Pánico de 1873 obligó a la Bolsa de Nueva York a cerrar durante diez días, y en la depresión que se prolongó durante cinco años quebraron más de diez mil empresas, cerraron centenares de bancos y se desecharon los planes para una segunda línea ferroviaria transcontinental. Es improbable que el Crane de dos e incluso de seis años de edad fuera consciente de lo que pasaba por entonces, pero el Pánico de 1893 es otra cosa. Crane tenía casi veintidós años y ya vivía en Nueva York cuando se produjo la mayor y más profunda crisis económica sufrida por Estados Unidos (únicamente superada por la Gran Depresión de la década de 1930), justo en medio del más prolongado arrebató creativo de su vida (la entrega y publicación de *Maggie*, la composición de su primer libro de poemas, el borrador de *La madre de George* y *La roja insignia del valor*, por no mencionar diversos relatos, esbozos y artículos), y sufrió sus rigores

junto con toda la ciudad, en donde el desempleo oscilaba entre el treinta y el treinta y cinco por ciento, tan pobre que a veces tenía que comer de gorra y con frecuencia andaba tan zarrapastroso que le daba vergüenza salir y que lo vieran.

Fue también la época de Jane Addams y el movimiento de las casas de acogida, que se originó en Chicago y se extendió al este y al oeste a más de treinta estados, una tentativa idealista y, sin embargo, pragmática de proteger los derechos de la infancia y mejorar las condiciones de vida de los pobres. El éxito de la Hull House de Henry Street, en Nueva York, y muchos otros proyectos de beneficencia demostraron que las mujeres podían desempeñar un papel significativo en la vida cívica del país. Sin duda las mujeres siguieron relegadas y al margen durante esos años, pero cabe reseñar una serie de notables excepciones que, como Jane Addams, también lograron dejar huella en la sociedad: Susan B. Anthony, Elizabeth Cady Stanton, Mary Baker Eddy, Mother Jones, Clara Barton, Madame Blavatsky, la pintora Mary Cassatt y la periodista Nellie Bly (seudónimo de Elizabeth Cochran), intrépida pionera del periodismo de investigación en Estados Unidos que, como es bien sabido, fingió que estaba loca para que la admitieran en un manicomio y luego, después de ser liberada a petición de su jefe, Joseph Pulitzer, del *New York World*, sacó a la luz el trato lamentable e inhumano a que la habían sometido allí. Mejoró también el imaginario récord de Phileas Fogg de circunnavegar el globo en ochenta días (tal como se cuenta en la novela de Jules Verne), completando el viaje en setenta y dos días. Pero las mujeres también se estaban asociando para formar amplios movimientos de masas que exigían el cambio del *statu quo*, entre ellos la Asociación Nacional pro Sufragio de la Mujer (NWSA, por sus siglas en inglés) y la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza o WCTU (por sus siglas en inglés, de la cual era miembro activo la madre de Crane, que ofició de presidenta de los tres diferentes capítulos locales). La Unión Cristiana logró finalmente su victoria con la aprobación de la Decimoctava Enmienda de la Constitución en 1919, marcando el inicio de la Prohibición, época recordada con poco cariño. Después de haber hecho peque-

ños avances a escala municipal y estatal, el sufragio femenino entró a formar parte de la legislación nacional y la puerta que había estado cerrada a cal y canto durante tantos siglos al fin empezó a abrirse.

Las universidades estatales, las universidades para mujeres, las universidades para negros y las universidades privadas fundadas por diversas denominaciones religiosas junto con la construcción de bibliotecas, museos, auditorios y teatros de ópera cambiaron radicalmente la vida intelectual y cultural de Estados Unidos, hasta el punto de que una serie de personajes negros y judíos se abrieron finalmente paso y alcanzaron protagonismo: Paul Laurence Dunbar, Booker T. Washington, W. E. B. Du Bois, Louis Brandeis, Abraham Cahan y Emma Lazarus, por mencionar solo un puñado de los nombres más reconocibles. Solo en Nueva York, en los años en que Crane vivió allí se construyeron el Metropolitan Museum of Art, el puente de Brooklyn, la estación Grand Central, la estatua de la Libertad, el Carnegie Hall, el American Museum of Natural History, el campus de la Universidad de Columbia y las dos gloriosas creaciones de Frederick Law Olmsted, el Central Park de Manhattan y el Prospect Park de Brooklyn. Hoy siguen con nosotros, a los veinte años de entrada el siglo xxi.

Y luego estaba el Oeste, que atraería toda la vida al Crane nacido en Nueva Jersey. Los años de su infancia estuvieron saturados de noveluchas que convertían en leyendas a los luchadores de la áspera frontera, los mismos hombres que se transformarían en personajes de centenares de películas producidas a lo largo del siglo xx, Wild Bill Hickok, Buffalo Bill Cody, Wyatt Earp, Jesse James y Billy the Kid, el muchacho asesino muerto a tiros en 1881 por Pat Garrett y que continúa sentado en su sagrado trono como Norteamericano Inmortal. Pero el Oeste, más que un lugar, era una idea, un mito, un territorio de ensueño que pertenecía exclusivamente al Nuevo Mundo sin lazos que lo vincularan a un pasado europeo, la región del futuro del país. Cuando Crane viajó al Oeste en 1895 para escribir una serie de artículos destinados a la agencia de noticias de Bachelier, nunca había salido de Nueva Jersey, Nueva York y Pensilvania, y se enamoró de lo que vio. Fue su única visita al territorio, pero

permaneció en su interior hasta el final y le inspiró algunos de sus relatos más memorables y ávidamente escritos: «A Man and Some Others» [«Un hombre y algunos otros»], «La novia llega a Yellow Sky» y «El hotel azul».

En cuanto a los novelistas norteamericanos que coincidieron con Crane entre los primeros años noventa y principios de siglo, solo algunos siguen leyéndose en la actualidad. En lo más alto de la lista están Mark Twain, William Dean Howells y Henry James, todos ellos autores de éxito por entonces y que llegaron a conocer a Crane, así como Ambrose Bierce, Kate Chopin, Frank Norris y Sarah Orne Jewett. En pintura, algunos de los principales miembros de la escuela del río Hudson aún seguían con vida (Thomas Moran, Frederic Edwin Church y Albert Bierstadt), pero para entonces ya se había establecido una nueva generación, y como durante los años en que Crane vivió en Nueva York se mezcló principalmente con pintores, no con escritores, y dado que aprendió a escribir tanto contemplando obras de arte como leyendo libros, cabe mencionar el nombre de tales artistas: John Singer Sargent, Winslow Homer, Thomas Eakins, James Whistler y los dos excéntricos pero duraderos innovadores que, después de la Edad de Oro, siguieron trabajando en el siglo xx, Ralph Albert Blakelock y Albert Pinkham Ryder.

Acontecimiento de no menor importancia fue la creación por parte de Samuel S. McClure de la primera agencia internacional de noticias, que coincidió con el nacimiento de los periódicos de gran tirada. El motor que posibilitó todo ello fue la recién inventada linotipia, que funcionaba seis veces más deprisa que el anterior sistema manual de letra a letra y permitió a la prensa diaria la publicación de ejemplares que excedían por mucho el límite de las ocho páginas del pasado. En Manhattan, Joseph Pulitzer se hizo cargo del *New York World*, William Randolph Hearst asumió el control del *New York Journal*, y así empezó la vertiginosa apuesta de la prensa amarilla, cambiando para siempre el modo en que los norteamericanos se relacionaban con su propio universo. Cuando Crane se mudó a la ciudad en 1891/1892, trabajó para esos tres hombres en una especie

de continua rotación hasta el año de su muerte, arañando lo poco que le pagaban porque estaba empeñado en ganarse la vida escribiendo y se negaba a considerar cualquier otro tipo de trabajo. Una noble decisión, quizá, pero salvo por unos periodos de relativa tranquilidad, lo pasó mal justo hasta el fin.

La linotipia daba, y la linotipia quitaba.

4

Sus padres le pusieron Stephen por dos de sus antepasados, un Stephen Crane del siglo xvii que fue uno de los padres fundadores de Elizabethtown, el asentamiento inglés más antiguo en lo que sería la colonia de Nueva Jersey (otros Crane sin el nombre de Stephen contribuyeron a la fundación de Newark y Montclair, originariamente conocida como Cranetown), y un Stephen Crane del siglo xviii que apoyó la Revolución, ocupó el cargo de presidente de la Asamblea General de Nueva Jersey y fue delegado del Congreso Continental de Filadelfia, donde habría sido uno de los firmantes de la Declaración de Independencia si no lo hubieran convocado para que volviera a Nueva Jersey a ocuparse de un urgente asunto político. En 1780 fue capturado y muerto a bayonetazos por los británicos, que también apresaron a su hijo Jonathan, ejecutado por negarse a revelarles la posición del ejército de Washington. Otro de los hijos del segundo Stephen Crane, William, se distinguió en la Revolución al mando de un regimiento de Nueva Jersey y ascendió al rango de comandante general, mientras que su hijo, también llamado William, fue comandante de Marina durante la guerra de 1812. Tal como el propio Crane escribió a un periodista curioso del *Newark Sunday Call* en 1896: «La familia está firmemente arraigada en suelo de Jersey (desde la creación de Newark), y yo soy tan ciudadano de Jersey como el que más».¹

No obstante, por mucho que se alejara de Jersey, su familia era de la mayor importancia para él, no solo los personajes heroicos del pasado de los Crane, sino también los del presente, porque si bien

dio la espalda al metodismo de sus padres, nunca se puso en contra de ellos y permaneció en estrecho contacto con dos de sus hermanos a lo largo de su edad adulta: los mismos Edmund y William que se habían ocupado de él de pequeño. En respuesta a una petición de información autobiográfica formulada a comienzos de 1896 por John Northern Hilliard, Crane, medio en serio medio en broma, empieza contestando: «No suelo hablar mucho de mí mismo», y en el tercer párrafo hace estos breves comentarios sobre sus padres: «Por el lado de mi madre, todo el mundo se hacía clérigo metodista en cuanto aprendía a caminar; eran de esa típica especie de latosos parsimoniosos, regañones. Mi tío, Jesse T. Peck, doctor en Teología y en Derecho eclesiástico, fue obispo de la Iglesia metodista. Mi padre también fue clérigo de esa Iglesia, autor de numerosas obras de teología y director de diversas publicaciones



Jonathan Townley Crane.
(Cortesía de la Universidad de Syracuse)